

Para llenar de algún modo este vacío, se encargó la República Argentina de establecer un observatorio magnético-meteorológico en la costa de la Tierra del Fuego y de hacer allí observaciones regulares de acuerdo con el plan de las otras expediciones. Con esto se consiguió, sin embargo, solamente una estación simétrica á la de los alemanes en Kerguelen. Como no existía verdadera expedición antártica por este lado, presenté una primera proposición para el viaje sueco sud-polar, pues para mí, aquel plan no era nuevo. Cuando en 1895 hice un viaje de exploración á la Tierra del Fuego, lo realicé en parte esperando preparar con ello una expedición sueca hacia punto aun más meridional.

Durante dos veranos consecutivos, visité la región situada entre el canal Beagle y el río de Santa Cruz mientras mis compañeros Duse y Ohlin hacían estudios botánicos y zoológicos. Como resultado del viaje nos llevamos á Suecia importantes colecciones que han sido descritas en una publicación especial. Faltó poco para que yo consiguiese ya entonces realizar una exploración más al sur. Durante mi estancia en Chile, propuse mandar un cañonero de esta nacionalidad para estudiar además del archipiélago de la Tierra del Fuego los puntos limítrofes al sur del cabo de Hornos y eventualmente continuar hasta las islas de Shetland Meridional. El plan fué acogido con vivo interés, particularmente por el presidente de la República señor Errazuri. Pero el tiempo necesario para los preparativos era demasiado corto y mi proyecto no llegó á realizarse.

En el transcurso de este par de años estuve dedicado al estudio de los datos tomados durante un viaje á la

Tierra del Fuego, sin olvidar algunos trabajos preparatorios para futuras exploraciones. Apenas empezó el año 1899 y cuando las expediciones inglesa y alemana estaban ya completas, empecé á formar mi plan definitivo y por primera vez lo expuse en una memoria ante la sociedad sueca de geografía y antropología en enero de 1900. Algunas semanas después tuve la satisfacción de recibir para la expedición proyectada la cantidad de diez mil coronas que me envió el comerciante Augusto Röhss, cumpliendo la promesa de su hermano Guillermo, fallecido recientemente.

*

Aparte de los trabajos que deseaba llevar á cabo durante los viajes de ida y vuelta y en la Tierra del Fuego, que constituiría mi punto de apoyo, disponía mi plan que la expedición debía partir lo antes posible en otoño de 1901, para que, parte del personal pudiese desembarcar en algún lugar adecuado en la parte septentrional ú oriental de la Tierra de Graham mientras el buque continuaría su viaje á lo largo de la costa de la Tierra del Rey Oscar y después hacia el este siguiendo el borde del hielo.

Si se presentase ocasión para penetrar en el mar llamado de Weddel no debía desaprovecharse, pero no se fijaba especial importancia en este desvío. A ser posible

debía cuidarse que la partida desembarcada fuese dispuesta para invernar, con el fin de llevar á cabo observaciones meteorológicas y magnéticas en concordancia con el programa internacional. El regreso á Suecia se calculaba, en este caso, que tendría lugar durante el verano de 1902.

Empecé activamente á preparar la expedición, pero hube de interrumpir pronto mis trabajos. El doctor N. Hartz, de Copenhague, me invitó á acompañar, en calidad de geólogo, la expedición dinamarquesa que bajo la dirección del teniente G. Amdrup debía marchar el verano siguiente á la Groenlandia Oriental, en el recientemente adquirido vapor sueco «Antártico».

Como yo no había tenido aún ocasión de visitar los verdaderos territorios polares, me pareció esta oferta muy oportuna, y nunca me arrepentí de haberla aceptado. Además de presentármese ocasión de conocer la naturaleza de las regiones polares, podía enterarme de todos los detalles de una expedición perfectamente equipada y dirigida, y efectivamente, lo que allí aprendí resultó de valor indiscutible para mis futuros trabajos.

Aquella expedición sería, además, para mí, en otro sentido, de la mayor importancia. Durante aquel tiempo aprendí á conocer y apreciar las condiciones de nuestro pequeño y cómodo buque, acompañado durante sus últimos viajes polares por constante suerte, y cuando supe que los administradores del legado de Carlsberg, que equipó la expedición, deseaban vender el buque á la vuelta del teniente Amdrup, me dirigí á ellos y fuí recibido en seguida de la manera más deferente. Obtuve la promesa de que me cederían el buque con todo su equipo

por veinticinco mil coronas, con lo cual demostraban vivos deseos de favorecer mi expedición proyectada, y aunque yo aun no podía sospechar si lograría reunir jamás la cantidad necesaria, decidí inmediatamente aprovechar el ofrecimiento. Contando con donativos del ingeniero G. Roth y del cónsul G. Broms, y teniendo en cuenta el presupuesto del comandante W. Nordenskjöld para el despacho y transporte del buque, me fué posible realizar la codiciada adquisición, y en noviembre de 1900 firmaba el contrato de compra del «Antártico».

Como este buque es bien conocido por las numerosas descripciones que han circulado después de las expediciones del profesor Nathorst, me limitaré á decir sobre él algunas palabras. Terminado de construir en Drammen el año 1871, recibió primeramente el nombre de «Kap Nor», y se empleó durante una serie de años en la pesca de focas en el Mar Glacial del Norte. Su longitud era de 120 pies, su mayor anchura de 28 y el tonelaje bruto de 353 toneladas. Cuando más tarde Svend Foyn determinóse á mandar una expedición al Mar Glacial del Sur, para estudiar la posibilidad de practicar allí la pesca de ballenas barbadas, compró el buque, que fué restaurado y provisto de maquinaria nueva, tomando entonces el nombre bajo el cual adquirió celebridad en los anales de las exploraciones científicas. No puedo detenerme aquí en el relato de aquella expedición, que bajo la dirección de H. J. Bull salió el año 1893 y llegó hasta el grado 74 de latitud sur, latitud que sólo la expedición Ross había alcanzado hasta entonces. Hiciéronse también algunas observaciones de interés científico, pero en sentido práctico no tuvo éxito el viaje.

Tampoco es ocasión de describir las dos expediciones del «Antártico» al Mar Glacial del Norte (1898-99) bajo el mando del profesor A. G. Nathorst. El buque sufrió después varias reparaciones, y por fin, una minuciosa reconstrucción.

Dispúsose un magnífico salón de reunión y once camarotes grandes bajo cubierta, proporcionando el sitio necesario parte de popa del buque y parte de la cubierta central delante de la escotilla mayor. Además, se guareció un gran trozo de la cubierta, disponiendo un lugar á propósito tanto para laboratorio científico como para camarote de observación del capitán. La cubierta fué reparada, el torno de vapor fué mejorado, el puente reconstruído y se pusieron nuevas clavijas en el buque debajo de la línea de flotación, realizándose, en fin, otras muchas mejoras. Sufrió el buque una nueva reparación, aunque no tan completa como la anterior, al ser vendido en diciembre de 1899 al teniente Amdrup, y cuando yo lo compré fué nuevamente examinado y arreglado para el viaje. Estos trabajos se llevaron á cabo en Gotemburgo, en el astillero viejo y en los talleres mecánicos de Lindholmen.

En cuanto llevé á cabo la adquisición del buque, me puse al habla con el capitán que eligiera para mandar el buque durante el viaje: el conocido explorador de los mares glaciales, C. A. Larsen, el cual, además de su experiencia, era el que, entre todos, poseía mayores conocimientos de las regiones del Mar Glacial Antártico que teníamos intención de visitar. Conocía los deseos que le animaban de hacer un nuevo viaje hacia el Sur y durante una entrevista que tuve con él en Sandefjord le expu-

se claramente un plan. No se necesitaron largas deliberaciones sobre los detalles para ponernos de acuerdo y pronto estuvimos conformes en cuanto se refería á nuestro viaje. Creo que no hubiera podido hacer elección más acertada. La plana mayor científica era tan escogida y había de desempeñar tan concienzudamente su cometido, que no necesito ensalzar su mérito. En cuanto á la tripulación, quedó acordado durante mi primera conferencia con el capitán, que suecos y noruegos debían ser igualmente considerados y durante todo el viaje trabajarían juntos, sin que jamás hubiera entre ellos diferencia de ninguna clase.

De acuerdo con el plan aprobado, debía yo, al finalizar el primer verano, desembarcar y quedarme en la estación invernal, teniendo que delegar por lo tanto la dirección á bordo, durante el invierno. Fué, por consiguiente, necesario encontrar un personaje á propósito que desempeñase mi cargo sobradamente lleno de responsabilidades. Logré hallar para ello con gran fortuna al que fué después mi secretario, el profesor interino J. Gunnar Andersson, que contribuyó en sumo grado á los buenos resultados científicos que la expedición cosechara.

*

Aproximábase á grandes pasos el verano de 1901, que estaba señalado para nuestra marcha; había yo pasado todo este tiempo en continua actividad prepa-

rando la expedición y tratando de despertar el interés público hacia ella para recoger los medios necesarios. Aun faltaba mucho, pero con la buena acogida que encontré en Círculos influyentes no dudaba del éxito de mis esfuerzos. No dejé, por eso, de encontrar á mitad de mis trabajos, y cuando menos lo esperaba, una fuerte resistencia, que durante un momento pareció estar á punto de dar al traste con todos mis planes. El hombre generoso que en este momento difícil fué el primero en tender su mano salvadora á la expedición fué el director del Banco, don Guillermo Carlson, que nos favoreció con un importante donativo, aumentado más tarde con otros recogidos en varias partes por su mediación. Atravesaba, en fin, una penosa época, pero poco á poco acudieron nuevos amigos en ayuda de la empresa, con lo cual pudieron continuar, aunque despacio, los preparativos.

Lo difícil de la situación á que llegué, me impulsó á contestar afirmativamente á la proposición de la Comisión medidora de grados de arrendarnos el «Antártico» para una expedición á Spitzberg durante el verano siguiente. La partida del buque no era muy de mi agrado, porque, aun en el caso más favorable, tendría que aplazar nuestro viaje hasta un par de meses después de la época fijada. Pero bien porque la suma ofrecida por el arriendo era muy necesaria para la expedición, bien porque yo quería prestar este servicio importante á la empresa, firmé el contrato en abril, saliendo el «Antártico» el lunes siguiente bajo el mando del profesor G. De Geer, para Spitzberg.

Sin contar el riesgo de que el buque quedase inmovi-

lizado entre los hielos, no estaba segura aun en este tiempo nuestra salida para el otoño siguiente. De aquí surgieron graves dificultades que se reflejaron en toda la expedición y fueron causa indirecta de una de las contrariedades que más tarde nos sobrevinieron. A causa de las consiguientes deficiencias, con la esperanza de lograr algún ingreso extraordinario, decidí que cuando los trabajos científicos no sufrieran demora con ello, se podría hacer algún ensayo de pesca, ensayo que, según vi después por experiencia propia, no debe ser repetido por ninguna expedición científica.

Además de los citados donantes, entre ellos el comandante Nordenskjöld que más tarde contribuyó con otra importante cantidad, enviaron donativos para la expedición las siguientes personas: El profesor A. E. Nordenskjöld, la señora S. Sederholm, el farmacéutico G. Nygren, el profesor Hj. Sjögren, el comerciante John Carlsson, el maestro de obras O. Herrström, el mayordomo del Rey A. Börtzell, el comerciante J. Loven, el director J. Lachmann, la señorita E. Landgren, el cónsul N. Persson, el juez C. A. V. Ek, los señores Carnegie y C.^a, los fabricantes L. F., y M. Lyckholm, el comerciante E. Wijk, y otras dos personas que no quisieron dar sus nombres.

La cantidad íntegra que de este modo ingresó para la expedición asciende á 85.000 coronas aproximadamente. A esto debe añadirse la suma obtenida por el arriendo del buque, el auxilio de Vega y algunas cantidades suscritas particularmente para el viaje de J. G. Andersson.

La importante cantidad que aun faltaba la tuve que adquirir por medio de un empréstito del que respondí yo personalmente.

Lo que durante estas difíciles circunstancias facilitó los medios para ultimar la expedición fué el grandioso y tal vez nunca visto auxilio que recibimos en forma de donaciones de objetos útiles.

Me es imposible citar aquí todos, pero la siguiente relación dará idea, sin embargo, de la mayor parte de los regalos recibidos.

*

Para el equipo científico recibimos, de la sociedad por acciones L. M. Ericson, dos recipientes de modelo reciente para el agua; de la fábrica de vidrio Foglavick, por medio del comerciante M. Eidem, varios utensilios de cristal; de la sociedad por acciones Sandvicken, martillos, escoplos y otros útiles; del director de la fábrica de corcho de Wicander, muchas planchas de corcho; diversos instrumentos de los talleres de Nyman de Upsala; de la sociedad Ekeby, tejas para el observatorio magnético; aparatos eléctricos de la Compañía de electricidad Rylander y Rudolph; de Max Sievert, alambre de cobre cubierto, y una colección de redes de la fábrica de aparatos para la pesca de Lundgren de Estocolmo.

Además, nos regalaron alcohol para preparaciones y

combustible: la nueva sociedad por acciones destilería de alcoholes de Reymersholm, O. P. Andersson é hijo de Gotemburgo, la Compañía de fabricación de alcoholes de M. Neuman, de Kristianstad, la sociedad de destilación de Helsingborg, la fábrica de levaduras Activ, la de alcoholes de Ystad y A. J. Andersson. La farmacia de Lejonet de Upsala y las de Enhörningen y Kronan de Gotemburgo nos mandaron productos químicos.

Para el buque y su equipo enviaron: J. R. Broman y Compañía, utensilios de maquinaria; las fábricas de Jonsered, banderas y tiendas de lona; bujías los fabricantes R. Österberg, de Estocolmo, y Gillblad y Compañía, de Gotemburgo, y aceite para las máquinas, Rumstedt y Compañía, de Estocolmo, el gerente O. Andersson, de Malmö, el comerciante A. Idström, de Gotemburgo, y la sucursal Wallén y Block, de Malmö.

Entre otros distintos artículos, nos remitieron asimismo: los señores Strömman y Compañía, de Gotemburgo, una forja; los almacenistas Strömman y Larsson, tablonés; los talleres de Gunnebo, las Compañías por acciones Uddeholms Laxa, y los comerciantes L. Tingsström y Kochum, comisionistas en Gotemburgo, clavos y tornillos.

Para nuestra instalación en el buque y en la estación, nos regaló la fábrica de papel de Munskjö, cartón embreado; la sociedad Husqvarna, hornillos, chimeneas, armas, etc.; el joyero K. G. Markström, de Upsala, plata de mesa; la casa Lundquist, varios equipos; C. L. Malmsjö y Compañía, ácido muriático; la fábrica Almeda, ropa blanca; la casa Karlskrona, utensilios de cocina de aluminio; la compañía sueca Olofström, platos y vasos de